

EN TRÁNSITO

Esther Andradi*

*Sobre vivientes*¹

XLVIII

Estaciones de tren despegadas de las vías.
Paredes con festones de latón aleteando al techo.
El viento que silba en las inmediaciones.
El tren no vendrá hoy tampoco.
El tren que se llevó a mi país no vuelve.

XLIX

Que no regresen ni uno ni otro, que cada cual se quede en su lugar,
ahíto,
sin retornar

La historia es cuaderno único de ardua y variada lectura
la memoria
se toma el trabajo
de dar vuelta la hoja
para no reescribirla

* Poeta y escritora argentina.

¹ De: *Sobre Vivientes / Über Lebende*. Ed. Bilingüe español/alemán. Zürich: Editorial teamart. 2003: 120-122.

L

Llegué a la estación cuando estaba cayendo el sol. Restos de comida esparcidos por el piso, paquetes de basura, botellas de plástico vacías testimoniaban que antes alguien había estado allí. ¿Fue acaso muy concurrida? ¿Hubo una feria? ¿Autitos de juguete? ¿Una niña corriendo a los brazos de su madre? ¿Castillos en el aire? Todo eso hubo y más, que no vi, porque llegué cuando el tren había partido. Lo adiviné diluyéndose en el horizonte, mientras el andén se volvía gris, el monte se hacía cargo de los rieles, las vías eran lentamente abrazadas por la maleza. Y dejé que la hierba creciera en mí.

Agua va²

En el mar del vientre, todos somos viajeros y migrantes. Del útero al mundo, del mundo a la tierra, vamos pasando las estaciones de elemento en elemento. Del agua al aire, del aire al fuego, de ahí a la tierra y viceversa. Así infinitamente. Desterrados, desuterados, con la nostalgia de un mar que nos contuvo en la cuna, vamos por el mundo añorando raíces. Pero el agua no tiene donde aferrarse: hay que dejarse llevar con su devaneo.

Alejandro nunca estuvo en la tundra

Estando Alejandro en las estepas heladas del Norte se le acerca una dama que le cuenta su vida. Alejandro oye y oye, como quien ha aprendido a escuchar porque sabe que su lengua tiene tanto filo como ternura. La susodicha se embelesa más y más, y Alejandro comienza a dudar. Es mi deseo o el de la señora, se pregunta. La chica se tiene que ir pronto, lo toma de las manos, le besa el rostro, se le tira encima al adusto Alejandro, quien siente, sumido en el espanto, el infinito placer que le proporciona el contacto con la dama, la piel de la dama, la voz de la dama, –y ahora sí que viene el conflicto– el idioma de la dama. El idioma de la dama es el mismo que el de su madre, que el de su hermana: es

² De: *Tanta Vida*. Buenos Aires: Simurg Ediciones. 1998: 140.

Y que viva el sol.

Me pongo un sombrero para pasar el verano.

Como mi hija.

 Por mi hija.

 La que nació un día de mí.

La que nace de mí otra vez mientras sigo cumpliendo siglos